

# La crisis del socialismo

LUIS GARCÍA SAN MIGUEL \*

## A MODO DE INTRODUCCIÓN

**C**UANDO se habla de «crisis» se utiliza un término ambiguo que tiene varios sentidos: «evolución», «cambio», «situación problemática», «decadencia». A veces se dice que «los valores están en crisis», otras que «el país ha salido de la crisis» o que «la enfermedad hizo crisis».

Aquí hablamos de «crisis» para indicar que el socialismo, *como ideología*, se encuentra en decadencia y quizá en trance de desaparición. Lo que no significa, como veremos al final, que, en cuanto partido político, se encuentre en idéntica situación. Al contrario: en España, al menos, es notorio que goza de buena salud. No hay ninguna contradicción en ello: queremos simplemente indicar que el partido conserva el rótulo «socialista», pero su ideología ya no lo es o está dejando de serlo. Como les ha ocurrido a la mayoría de sus homólogos europeos, ha dejado de ser socialista para convertirse en socialdemócrata y es posiblemente ese cambio (esa crisis) lo que constituye una de las claves de su éxito práctico.

No todo el mundo está de acuerdo, sin embargo, con lo que acabamos de decir. Hay, en efecto, quienes tienden a interpretar la actual política del partido como una especie de alto en el camino para, una vez reparadas las fuerzas, volver a emprender la marcha. Si no recuerdo mal, defendió esta tesis, en algún artículo, Ludolfo Paramio. La justificación que suele aducirse es, aproximadamente, la siguiente: las circunstancias actuales (y aquí se pueden poner muchas cosas: la presión del contexto internacional, la necesidad de impulsar el crecimiento económico, etc.) no permiten la realización de una política socialista. Hay, por tanto, que replegarse, pero se trata de un repliegue táctico para, como diría Mao, poder luego, cuando las circunstancias lo permitan, dar un salto hacia adelante. La llamaremos la tesis del socialismo aplazado.

Esta manera de ver las cosas tiene, a mi juicio, la ventaja de reconocer, realistamente, que la política que sigue el actual partido socialista no es socialista. Hay quienes, en cambio, consideran que lo sigue siendo, si bien evolucionista («reformista») no se dice casi nunca porque el término sigue siendo «maldito» desde que Lenin lo estigmatizó). Los cambios sociales que se van introduciendo, argumentan éstos, no conducen directa ni inmediatamente al socialismo, pero constituyen avances hacia el mismo, de tal modo que, a largo plazo, el capitalismo terminará dejando paso a un sistema socialista. Me parece que ésta es, aproximadamente, la

\* 1929. Catedrático de Filosofía del Derecho y Decano de la Facultad de Derecho. Universidad de Alcalá de Henares.

argumentación que suele emplear el profesor Elias Díaz. Llamaremos a esta tesis la tesis del socialismo lento.

Los partidarios de la llamada Izquierda Socialista, como los profesores Santesmases y Sotelo, mantienen una postura que pudiera considerarse como una variante pesimista de la primera. Coinciden con los defensores de esta última en sostener que la política del partido no es socialista, pero discrepan en lo que respecta al «salto adelante». Piensan que no cabe esperar de los actuales dirigentes una vuelta al socialismo, aunque la consideran deseable y estiman que sólo un desplazamiento de la actual cúpula en favor de sectores minoritarios del partido (ellos sí, auténticamente socialistas) podría propiciar una vuelta a los orígenes. La llamaremos la tesis del socialismo latente.

Todos ellos coinciden, me parece, en los dos siguientes puntos: a) en sostener la validez del socialismo democrático como proyecto de futuro y b) en pensar que, sea cual sea la orientación actual del partido, hay en él un depósito de socialismo potencial que, tarde o temprano, germinará. Lo que equivale a decir que el PSOE sigue siendo socialista.

Ambas tesis me parecen discutibles, pero intentar justificar la discrepancia me llevaría demasiado lejos. Mi propósito será muy modesto: dejando en paz el futuro trataré de analizar la evolución que está siguiendo el partido y las razones que explican (y quizás justifican) esa evolución.

En los años inmediatamente anteriores al 76 el partido socialista era, o sus simpatizantes hablaban como si fuera, un partido de izquierda radical, apenas diferenciable del comunista. Era fundamentalmente: antiamericano (los EE.UU. eran los inductores de todas las dictaduras, especialmente en Hispanoamérica); prosoviético (no se hacían apenas críticas a los regímenes comunistas, y cuando se hacían, era con letra pequeña y precedidas de un largo preámbulo antiamericano para marcar la diferencia); neutralista en política exterior; partidario de la lucha de clases; anticapitalista (a veces en nombre de la economía de planificación centralizada, otras de la autogestión); federalista y defensor de la autodeterminación de las «naciones» y «pueblos» del Estado español, como entonces se decía; defensor de la democracia socialista (más auténtica que la burguesa, siempre sospechosa de complicidad con el capitalismo) y de una interpretación de los derechos humanos favorable a los marginados (cuyas culpas se trasladaban, en buena medida, a la sociedad). Una especie de extraña mezcla de abierta simpatía por los regímenes comunistas y de ultrademocratismo radical.

Este cuadro, por muy obvio que les parezca a bastantes, seguramente a los socialistas les parecerá inadecuado o inaceptable. Lo he comprobado en muchas conversaciones. Algunos dirán, de plano, que esa es una caricatura de la izquierda. Reconocerán, quizá, que algunos extremistas hablaban de ese modo, pero añadirán que el sentir de la mayoría era muy otro. Otros argumentarán diciendo que los partidos emplean diferentes lenguajes según las circunstancias y que las metamorfosis de la derecha son mayores aún que las

**EL PUNTO  
DEPARTIDA**

## **EL ABANDONO DEL MARXISMO**

de la izquierda. En general, tenderán a adoptar una de estas dos actitudes: «disculpar» el pasado o mejorar la imagen que se ofrece del mismo. Pocos reconocerán que, efectivamente, se solía emplear un lenguaje radical y que la mentalidad actual (y el correspondiente lenguaje) no tiene mucho que ver con la anterior. Pero eso es, a nuestro juicio, lo que ha ocurrido.

De los cambios ideológicos que se han producido, nos referimos solamente a tres: el abandono del marxismo, la aceptación sin reticencias de la democracia existente (antes llamada burguesa o capitalista) y la aceptación del sistema capitalista. Si no los únicos, son, en mi opinión, los más importantes.

En el 76 el partido todavía se definía como marxista. Actualmente ni el partido ni «sus» intelectuales (con pocas excepciones) se califican de ese modo. Creo que hay buenas razones para ese cambio. Marx fue, sin duda, un gran creador, especialmente en los campos de la sociología y de la economía. Bastante mediocre, en cambio, como filósofo. Fue también un crítico apasionado del sistema capitalista y un defensor de la igualdad. Pero reconocidas su creatividad y su defensa de la clase obrera, hay que señalar importantes deficiencias en su pensamiento.

Por de pronto, en lo que se refiere a la teoría de las clases, pensaba que en la sociedad capitalista la estructura social tendía a adoptar un esquema dualista; terminaría habiendo, por un lado, los propietarios de los medios de producción, defensores de la propiedad privada y de una democracia burguesa (en el fondo, como veremos, una dictadura de la clase capitalista) y, por otro, habría el conjunto de los no propietarios, asalariados, enemigos del sistema capitalista.

Ahora bien, el esquema dualista burguesía-proletariado no parece aplicable a la sociedad actual: si queremos seguir manteniéndolo, una gran cantidad de personas quedará fuera de él y no sabremos a qué clase pertenecen ni siquiera si forman una clase o varias; y si queremos considerarlas como una clase (quizás una clase media), deberemos romper el esquema dualista.

Por otra parte, Marx no desarrolló suficientemente sus ideas sobre la sociedad futura, quizá porque no quiso comprometerse o, más probablemente, porque no las tenía claras. En sus obras, encontramos únicamente indicaciones fragmentarias.

Así, por ejemplo, en el orden económico habló de los productores «libres y asociados», lo que parece revelar cierta simpatía por lo que hoy llamaríamos cooperativismo o autogestión. En cambio, otras expresiones, como «centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante» (que se encuentran en el *Manifiesto*), parecen defender el control estatal de la economía. Pero se trataba de simples apuntes que, por otra parte, dejan abiertas muchas preguntas relativas a la autonomía de las empresas, papel de mercado y de la planificación, de la fijación de precios, etc.

En el orden político las oscuridades no son menores. Se ha discutido interminablemente acerca de si Marx fue o no fue demócrata. Las páginas que describió sobre la Comuna de París revelan

una abierta simpatía por la democracia proletaria, aunque también empleó la expresión «dictadura del proletariado», cuyo sentido totalitario es evidente.

Pero estas discusiones son, en buena medida, académicas. Lo verdaderamente importante es que Marx se opuso a la democracia existente en su época, a la que interpretaba como una dictadura de la burguesía. Con ello rechazó de plano las libertades existentes (aunque limitadas e imperfectas) y sentó las bases para una confusión que iba a gravitar sobre todo el pensamiento de la izquierda: la identificación fascismo-democracia y la consiguiente crítica de las libertades políticas como puramente formales. Y esto es lo decisivo: se opuso a la democracia liberal, la única existente hasta ese momento, y no pretendió reformarla, sino destruirla. Que lo hiciera en el nombre de la dictadura del proletariado o del de la democracia proletaria (república democrática), importa menos.

Junto a las anteriores, cabe señalar otra razón para abandonar la confesionalidad marxista: el fracaso de las predicciones de Marx, de su filosofía de la Historia.

Como dijimos, Marx predijo que, en la sociedad capitalista, las cosas iban a suceder de la siguiente forma: los capitalistas iban a librar una batalla interna que terminaría por poner los medios de producción en unas pocas manos. Por otra parte, los pequeños propietarios y trabajadores independientes (artesanos) pasarían pronto a engrosar las filas del proletariado. Nos encontraríamos, al cabo de cierto tiempo, con una minoría que concentraría en sus manos la propiedad y con una mayoría proletarizada obligada a vivir en un nivel de subsistencia (Marx pensaba que una mejora de las condiciones de vida del proletariado era imposible).

El desenlace de esta actuación conflictiva es previsible: la inmensa mayoría proletarizada terminaría por asaltar la fortaleza capitalista y pondría en manos de la sociedad lo que hasta entonces había estado en manos privadas. Y eso difícilmente podría tener lugar pacíficamente, pues la minoría de propietarios recurriría a toda clase de procedimientos para defender su situación, y sólo podría ser desalojada por la violencia.

Estas predicciones no resultaban insensatas en la época en que Marx las hacía. Pero hoy sabemos que no se han cumplido. Ni los capitales se han concentrado en pocas manos, ni las clases medias se han proletarizado, ni los obreros se han mantenido a niveles de subsistencia, ni se han lanzado (al menos en los países industrializados) a la toma del poder.

Apenas hace falta recordar que la mejora de la situación obrera, que comportó el amortiguamiento del ímpetu revolucionario, fue debida principalmente a la acción de la propia «clase trabajadora», organizada en sindicatos y partidos. Estas organizaciones, a menudo, utilizaban una retórica revolucionaria (marxista), pero su práctica era reformista, y más que asaltar la fortaleza capitalista se dirigían a transformarla. (Y aquí se puede discutir interminablemente acerca de si la fortaleza sigue siendo la misma o ha cambiado de naturaleza.)

Nuestro socialismo, según dijimos, ha abandonado el marxismo. En un primer momento se dijo que el marxismo iba a seguir utilizándose como «método de interpretación y transformación de

**LA  
ACEPTACIÓN  
DÉ LA  
DEMOCRACIA**

la sociedad». Nunca entendí bien lo que se quería decir con ello, pero lo cierto es que, hoy en día, nadie o casi nadie se dice marxista, ni recurre a los viejos slogans de «revolución», «lucha de clases», «explotación del hombre por el hombre», etc. Este es un lenguaje reservado para radicales, y ni siquiera los partidos comunistas lo utilizan.

Esto, a la vez que «libera» a los militantes, los obliga a buscarse su propia ideología. Algunos se han vuelto cristianos (si no lo eran antes), otros racionalistas, quizá utilitaristas. Ya no se pregunta por el credo filosófico que se profesa y basta con admitir ciertos postulados políticos para considerarse socialista.

El calificativo de «burguesa» que se adjudicó a la democracia pesó como una losa sobre el pensamiento de la izquierda, que quizá no se haya librado por completo de ese peso.

Las críticas de que se hacía objeto a esta «variedad» democrática eran las siguientes:

En primer lugar, se señalaba que los derechos y libertades que las leyes reconocían sólo podrían ser ejercidos por unos pocos. Quienes carecían de medios económicos eran simples titulares «teóricos» de algo que no podían poner en práctica. ¿De qué le sirven las libertades de información y de expresión, se decía, a quien no sabe leer, o la libertad de residencia a quien ni siquiera tiene dinero para comprarse una casa? ¿De qué le sirve el derecho al voto a quien carece de independencia económica y ha de votar lo que le digan? ¿No puede la burguesía controlar los medios de comunicación e impedir que otras clases o sectores hagan propaganda de sus ideas?

Por otra parte, las Constituciones «burguesas» muchas veces ni siquiera se molestaban en guardar las formas y reservaban el derecho al voto a los poseedores de fortuna. Todo ello parecía confirmar que la democracia era efectivamente «burguesa»: era un régimen de los burgueses, un coto cerrado.

Y era también (segunda crítica que se le hacía) un régimen para los burgueses, lo que ciertamente, a la vista de lo anterior, no debe extrañar a nadie: la burguesía utilizaba el poder político de que disponía en exclusiva para defender su propiedad. Por eso, parecía haber una especie de relación esencial, indisoluble, entre democracia y capitalismo. La democracia era la superestructura política del sistema económico capitalista. Pocos se preguntaban si acaso fuera posible que las libertades burguesas llegaran un día a ponerse al alcance de todos. En los primeros años, eso parecía simplemente imposible.

Pero, en tercer lugar, las libertades burguesas se criticaban por ser puramente «formales». No se trata sólo de que por estar reservadas a unos pocos fueran libertades-privilegio, sino de que eran libertades secundarias porque no facilitaban lo esencial: la posibilidad de que el hombre satisficiera sus necesidades, especialmente las económicas.

Este lenguaje, que contraponía libertades «formales» a libertades «reales», contenía una fuerte carga antidemocrática que, a veces, no se descubría a simple vista. En términos llanos venía a

decir que la satisfacción de las necesidades no era compatible con la libertad política, que para que todos pudieran comer, vestirse y alojarse convenientemente, había que prescindir de las libertades de expresión, de voto, etc...

Cierto que, cuando el sufragio universal se extendió, comenzó a verse la posibilidad de que el proletariado, la clase más numerosa de la sociedad, pudiera llegar al Gobierno a través de las elecciones y, desde allí, transformar el capitalismo en socialismo. Engels, en sus últimos años, consideró esta posibilidad. Pero pronto se vio que ese camino tampoco conducía al socialismo.

En cualquier caso, a la democracia burguesa sólo se le concedía un valor instrumental. Era valiosa (útil) en cuanto pudiera conducir al socialismo o, cuando menos, permitir que el proletariado adquiriera conciencia de clase a través de la acción política (Marx apunta esta última posibilidad en algunos textos). En ningún caso se le concedía valor por sí misma.

Conviene tener en cuenta que a esta desvalorización de la democracia pudo haber contribuido la extraña teoría de la desaparición del Estado. En efecto, la democracia burguesa no vale «nada» y si, una vez superado el capitalismo, el Estado comienza a marchitarse y sus funciones a ser absorbidas por la sociedad, poco importa la cuestión del poder político. La democracia prerrevolucionaria no vale por sí misma y la posrevolucionaria carece de importancia.

Bastantes de estas ideas fueron absorbidas por el socialismo. Muchos pensaban aproximadamente así: la democracia sólo vale si conduce al socialismo, pero la experiencia demuestra que no conduce a esa meta; luego carece de valor.

Ciertamente, esa concepción instrumental dejó el lugar (no sabría decir exactamente cuándo se produjo el cambio ni a cuántos afectó) a otra más positiva. Comenzó a valorarse la democracia por sí misma o, como ahora se dice, a concedérsele valor sustantivo.

Se siguió pensando, no obstante, que la democracia capitalista era insuficientemente democrática, pues las desigualdades sociales repercutían en el plano político y hacían que unos fueran más libres e influyentes que otros. Yo mismo utilicé estos argumentos en mi libro *La sociedad autogestionada*.

Se trataba ahora de crear condiciones sociales de igualdad para que todos se encontraran en iguales condiciones políticas. Si, por ejemplo, alguien dispone de dinero bastante para controlar periódicos y cadenas de televisión, tendrá más posibilidades de imponer sus ideas a los demás que quien no disponga de esos altavoces, pero si todos tienen el mismo altavoz, nadie podrá manipular a los demás. En definitiva, se aspiraba a asentar la democracia política sobre el socialismo económico para hacerla más auténtica. De donde el eslogan «socialismo es libertad».

Por otra parte, bastantes socialistas vuelven a restituirle a la democracia política el valor instrumental que tiempo atrás le habían negado: piensan que la vía revolucionaria es más difícil todavía, al menos en los países desarrollados, aparte de que conduce, casi inevitablemente, a la dictadura. Las transformaciones paulatinas del sistema económico les parecen un camino más seguro. Es

**LA  
ACEPTACIÓN  
DEL  
CAPITALISMO**

lo que he llamado socialismo lento. Esta vía tiene la ventaja, por lo demás, de mantener la libertad a todo lo largo del proceso.

El cambio del socialismo a la socialdemocracia plantea nuevos problemas. En efecto: en la medida en que (al menos a corto plazo) se acepta el sistema capitalista, se aceptan, como ya dijimos, ciertas desigualdades económicas que ese sistema genera y, por tanto, se da por buena la repercusión de las mismas sobre el sistema político. Así, por ejemplo, parece inevitable que los medios de comunicación sean propiedad de un número limitado de empresas y no accesibles a todos. ¿Se trataría de compensar, también aquí (en el terreno político) las desigualdades sin eliminarlas por completo? Ese pudiera ser un programa socialdemócrata de perfeccionamiento (profundización se dice ahora) de la democracia política.

Uno de los dogmas de la izquierda fue que el capitalismo constituye un sistema radicalmente injusto, porque priva al obrero de una parte sustancial del producto de su trabajo. Un sistema económico en el que cada individuo trabaje para sí y no para otro (que indefectiblemente lo explotará) constituyó, de siempre, el ideal de la izquierda.

El problema está en que es más fácil decirlo que hacerlo. Aquel ideal pudiera concretarse en una economía de pequeños propietarios independientes (como la Suiza de que hablara hace años Róp-ke) o de productores artesanales. Pero este modelo, que pudiera resultar adecuado para una sociedad agraria, no resulta aplicable a la producción industrial.

Pues la industrialización hace imposible el artesanado (salvo en casos marginales); exige grandes unidades de producción en las que, se quiera o no, el trabajador no «trabaja para sí», sino para una organización impersonal o, si se prefiere decirlo así, para quienes la controlan.

Recordemos, una vez más, lo obvio: toda empresa es una organización compleja dotada de una estructura de poder. Esta estructura puede ser nombrada o elegida, pero incluso en este último caso controla las operaciones de la empresa y establece una cierta disciplina (y una jerarquía) entre los trabajadores. No cabe imaginar una situación asamblearia o un control de la base, al menos en una situación competitiva.

Siendo esto así, resulta inevitable que la dirección detraiga una parte del beneficio para sus propios salarios, renovaciones de material, investigación, etc. Y esto ocurrirá tanto si el sistema es capitalista como si es socialista.

En principio, un sistema de estructura capitalista parece más injusto que otro de economía nacionalizada, pues (perdónenme los economistas si digo algún disparate) ha de soportar la carga de los capitalistas que perciben beneficios sin trabajar. En este último, en cambio, nadie percibe nada por ese concepto.

Pero (dejando a un lado los problemas que plantea la financiación en los sistemas de economía nacionalizada), ¿no se produce en ella un gran despilfarro por la ineficacia de los planificadores? Todo parece indicar que estos planificadores «les cuestan tanto» a los trabajadores como los «explotadores» capitalistas.

Por otra parte, pudiera parecer que en el sistema de economía nacionalizada la retribución del trabajo habría de ser más equitativa (igualitaria), pero no es seguro que eso sea lo que ocurre: en los países socialistas hay grandes diferencias entre obreros industriales y campesinos, entre obreros manuales y técnicos, etc. La clase política, por lo demás, se apropia de una buena parte del producto, pues quien detenta el poder se beneficia, inevitablemente, con su ejercicio.

¿Puede decirse, pese a todo, que el reparto es más igualitario en los sistemas socialistas? Es posible, pero, en todo caso, las diferencias no son tan grandes como se nos ha dicho durante mucho tiempo (y yo mismo he creído). No parece correcto equiparar capitalismo con injusticia y socialismo (real) con justicia.

Por otra parte, sea lo que sea el reparto, caben pocas dudas de que el sistema capitalista es más productivo que el llamado de planificación centralizada o socialista, y la razón parece clara: el interés personal (egoísta, si se quiere, a condición de no presentar como altruistas a los gestores del otro sistema) es un motor poderoso. El capitalista, justamente porque trata de enriquecerse, administra mejor que el burócrata, que sólo recibe presiones administrativas y al que, en definitiva, no le afecta decisivamente la marcha de su empresa: hay, sin duda, mucho de antipático en el espíritu de lucro del empresario privado, pero su superior capacidad productora parece innegable.

Un argumento muy poderoso en favor de esta superioridad se encuentra en la actual revolución de los países comunistas, que reconocen la ineficacia del sistema de economía nacionalizada e introducen cambios en él que lo aproximan al capitalismo. Se comprenden, dicho sea de paso, la perplejidad y el disgusto que la confesión de ese fracaso producen en quienes han defendido el sistema económico de los países del Este contra viento y marea y corren ahora el riesgo de aparecer como más prosoviéticos que los propios soviéticos.

A la hora de optar por un sistema económico, hay quien tiene en cuenta principalmente la justicia (la igualación de situaciones económicas), subordinando a estas consideraciones las de la productividad. Desde esta perspectiva no importa que la productividad no aumente, o incluso que descienda, de donde una cierta nostalgia por las sociedades preindustriales y un elogio de cierto neoascetismo, que veces asoma por debajo de las proclamas niveladoras. Pero, en los países desarrollados y probablemente también en los demás, el igualitarismo «puro» satisface a muy pocos, quizá a los muy desfavorecidos, pero no a la gran mayoría que aspira a vivir mejor sin importarle mucho cómo vivan los de al lado. Y la gran ventaja del capitalismo es que resulta más capaz que ningún otro sistema de satisfacer esa necesidad. El socialismo español parece haberlo entendido así, en lo que, por cierto, no hay mayor novedad, y un partido que comenzó proclamándose revolucionario terminó aceptando la vía socialdemócrata. Es una vieja historia y lo extraño hubiera sido que nuestro socialismo hubiera seguido un camino atípico.

La vía socialdemócrata, como es sabido, aceptando el sistema capitalista y, por tanto, las desigualdades que inevitablemente ge-



ñera, trata de compensarlas por medio de la acción redistributiva del Estado. En las sociedades occidentales pocos son los que no aceptan estos principios. La peculiaridad de la socialdemocracia parece consistir en poner el énfasis en la redistribución y en hacerlo apoyándose en el voto obrero. Apenas hace falta añadir que ésa es una opción perfectamente legítima y necesaria dentro de la sociedad democrática occidental. «Productivistas-burgueses» y «redistribuidores-proletarios» (si se me permiten los barbarismos) constituyen las dos opciones políticas básicas en las sociedades democráticas. Las preguntas claves parecen ser: ¿debemos frenar las preocupaciones redistributivas para aumentar la producción? ¿Hemos de frenar la productividad para poder redistribuir mejor? ¿Es posible lograr las dos cosas a la vez? Tratar de dar respuestas a estas preguntas excedería, a todas luces, los límites de este artículo.

**UNA  
OJEADA  
ALA  
PRÁCTICA**

Al comienzo dijimos que nuestro propósito era discutir acerca de la ideología, dejando la práctica a un lado. Vamos, sin embargo, a incumplir levemente este propósito en unas consideraciones finales. Los cambios sustanciales (y, a menudo, solapados e insuficientemente explicados) que se han producido en la orientación del socialismo español no parecen haberle perjudicado electoralmente, sino al contrario. Lo que, ciertamente, no se comprende bien. Se diría que el electorado socialista tiene una extraña fidelidad hacia el partido y le otorga su voto tanto cuando (como en las primeras elecciones) se presenta con un programa revolucionario, confesadamente marxista y antiatlantista, como cuando comparece con programa moderadamente socialdemócrata. ¿Intuyó el electorado que las proclamas radicales eran ficticias? ¿Intuye que la actual moderación es posibilista y que el radicalismo volvería a hacer su aparición si las circunstancias lo permitieran? ¿Supone que, sea cual sea el programa, sus intereses van a estar mejor defendidos por un partido obrerista que por uno burgués? No tengo respuesta para estas preguntas.

Pero sí quisiera terminar expresando una preocupación nada teórica que se deja ver en muchos sectores, incluso en el propio partido socialista. La perpetuación de la actual mayoría absoluta, ¿no hará disminuir el número de los que, desde la política o la sociedad, «se atrevan» a oponerse al poder establecido? Si así fuera, la posibilidad de turno en el poder se habría vuelto difícil y la libertad estaría amenazada o, al menos, seriamente disminuida.